

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 3.º
GIJÓN

SIGÁMOSLE

El día amaneció sereno y cálido. Al nacer la tarde surgieron de tras las colinas nubes cobrizas y sombrías pequeñas, pero hinchadas de tempestad.

Veíanse pedazos de cielo intensamente azul. Las nubes iban amontonándose y cubriendo el firmamento. El sol al besarlas con sus rayos ardientes las festoneaba de oro.

Sobre la ciudad extendíase el cielo terso, sin nubes, y el aire yacía en enervadora calma.

En la cima del Gólgota reuníanse pequeños grupos de curiosos que habían precedido al cortejo que se disponía a salir de la ciudad.

El sol bañaba la tierra pedregosa, árida y monótona. Sólo interrumpían aquella grisácea monotonía, hoyos y grietas que se destacaban tanto más negros cuanto más intensa era la luz que bañaba la tierra.

Lejos se levantan las altas colinas estériles veladas por la niebla morada.

Entre las murallas de la ciudad y las faldas del Gólgota se extiende la llanura sembrada de rocas. Es menos árida porque en la poca tierra buena crecen higueras desmirriadas; y vense esparcidas sin orden casas blancas colgadas entre las rocas cual nidos de golondrinas, y sepulcros blanqueados que brillan heridos por los rayos del sol.

Próximas las fiestas pascales llegaban gentes de todos los pueblos de la provincia, y levantaban tiendas o chozas cabe los muros de la ciudad: era un hormiguero de hombres y camellos.

El sol subía majestuoso cruzando el cielo aun libre de nubes. Era la hora en que estas colinas quedan sumidas en triste silencio y en que todo ser viviente busca abrigo bajo los muros de la ciudad o en los repliegues del terreno.

A pesar de la inusitada efervescencia de forasteros profunda tristeza inundaba aquellos campos inundados de luz. El eco de las voces lejanas que salía de la ciudad semejaba el murmurar de las olas, y dijérase que se perdía absorbido por el silencio de los campos.

Los grupos que desde la mañana esperaban en el Gólgota, tenían en aquel momento fijos los ojos en la ciudad. El cortejo se organizaba.

La silla de manos de Anthea llegó al calvario antes del mediodía. La escoltaban los soldados romanos que debían abrirle paso a través de la plebe y si precisaba, protegerla contra las injurias que siempre pueden temerse de los judíos fanáticos, que odian a los extranjeros.

Cinna seguía la litera, y a su lado el centurión Rufilo.

Anthea parecía más tranquila y se inquietaba menos por la proximidad del mediodía, la hora de las visiones terribles que la anonadaban.

Cuanto el procurador le había dicho del joven Nazareno habíase enseñoreado de su alma de tal manera, que hacía olvidar sus sufrimientos.

¡Aquella doctrina tenía para ella algo de admirable... de incomprensible!...

Muchos hombres supieron morir tranquilos como se extingue una pira funeraria, como se consume un tizón.

Esta serenidad, este valor eran hijos de una resignación filosófica a la ineludible necesidad del paso de la luz a las tinieblas, de la vida real a una existencia oscura, desconocida.

Pero hasta entonces nadie había bendecido la muerte; nadie había muerto con esta certeza absoluta de que más allá de la tumba empieza la verdadera vida, la felicidad infinita que no puede darla más que el Dios omnipotente e infinito.

¡Y el Hombre que iba a ser crucificado lo predicaba como verdad incontestable!

Anthea sentíase profundamente conmovida por estas enseñanzas: parecía la única fuente de esperanza y redención. Sabía que estaba próxima a morir, y la agobiaba profunda tristeza.

Morir era para ella abandonar a Cinna, a su padre, a cuantos amaba, al amor encarnado: era la vida helada, el vacío, las tinieblas.

El recuerdo de las alegrías que en este mundo gozara aumentaba su tristeza.

¡Ah! ¡Si la muerte nos hiciera renacer! si a lo menos nos dejara llevarnos un recuerdo de amor o un destello de felicidad... la resignación fuera más fácil...

¡Y ella, que nada esperaba de la muerte, había oído que la muerte puede darle todo!

¿Quién enseñaba estas cosas? ¡Un extranjero, un Rabbí, un profeta, un filósofo para quien el amor al prójimo era la primera de las virtudes! ¡Un mártir que mientras le atormentaban bendecía a los verdugos! ¡Un rey que iba a ser crucificado!

Y Anthea decía:

—¿Por qué enseñar esta doctrina si la cruz debe ser su única recompensa?..

«Otros desearon el poder: El nada...»

«Otros anhelaron riquezas: El es pobre...»

«Otros quisieron palacios, festines, honores, vestidos de púrpura, carrozas incrustadas de nácar y de marfil: El vivió pobremente... Y ha predicado el amor, la piedad, el perdón y la pobreza...»

«¿Querrá, acaso, alentar en los hombres vanas ilusiones?..»

«Pero ¿y si dijese la verdad? ¡Oh! ¡entonces bendita sea la muerte; la muerte término de terrenales miserias, trueque de una felicidad relativa por una felicidad sin fin! ¡Luz de los ojos cansados de llorar, raudo vuelo hacia las dichas eternas!!!»

Anthea la comprendía la promesa de la resurrección.

Su alma y su corazón la recibían anhelantes, con los brazos abiertos. Recordaba las palabras del sabio Timón, quien repetía a sus discípulos que sólo una verdad nueva podía salvar a la humanidad de las leyes que la encadenaban.

—¡Esta es la verdad nueva!

—¡La que vence a la muerte!

—¡La que da la vida!

Y Anthea se abismaba en aquellos pensamientos, entregaba tan por completo su corazón a las ideas nuevas, que por primera vez después de mucho tiempo, Cinna no vió en el rostro de ella las señales de la angustia que la torturaba.

El cortejo emprendió la marcha hacia el Gólgota.

De la cima donde se hallaba Anthea veíase perfectamente la multitud. Era numerosa; pero al extenderse por la inmensa llanura y dividirse en grupos confundíase con las piedras grises y parecía escasa. La puerta de la ciudad, abierta de par en par, daba paso incesantemente a nuevas oleadas de gente, que aumentaban al sumárseles la multitud que esperaba fuera del recinto amurallado. A ambas orillas de aquel río viviente se agitaban enjambres de chiquillos.

El cortejo avanzaba entre el remolino de las túnicas blancas, de los charles de escarlata y los mantos azules. En el centro, al beso de los rayos del sol, brillaban las corazas y las lanzas de los soldados romanos. El lejano rumor de voces confusas era cada vez más perceptible.

Llegaron por último al pie de la colina, y los que iban al frente comenzaron a escalar la cumbre. La multitud atropellábase para ocupar los sitios más próximos al lugar del suplicio, a fin de no perder el menor detalle. Estrechada por la muchedumbre, con dificultad podía abrirse paso la cohorte que escoltaba a los reos.

Los primeros que llegaron fueron los muchachos: semidesnudos, pelada la cabeza a excepción de dos mechoncitos en las sienas, tez morena, ojos azules y voz chillona, empezaron con gritería salvaje a arrancar piedras del suelo para arrojarlas a los crucificados...

Pronto se vió la meseta invadida por abigarrada multitud, que, insensible a la piedad, daba muestras de gozo por la animación y la esperanza del espectáculo. El tono áspero de la voz, la insensata volubilidad de la palabra y la brusquedad salvaje de los gestos asombraron a Anthea, a pesar de serle familiar la gárrula viveza de las poblaciones griegas. Aquellas gentes discutían como próximas a acometerse recíprocamente, gesticulaban como si estuviesen en peligro de muerte, y chillaban como si fuesen a quitárselas la vida.

Rufilo, acercándose a la litera, con voz tranquila como de soldado en servicio, empezó a dar explicaciones, mientras que incesantemente iba subiendo la marea humana.

Aumentaba la barahunda por momentos. Entre la multitud reconocíanse por sus túnicas listadas los ciudadanos de Jerusalén, que se juntaban aparte por no mezclarse con la plebe de los arrabales.

Seguían grupos de pastores y mujeres, revelando en sus rostros sencillez y sorpresa.

Venía por último el Sanedrín, rodeando a Hanaa, anciano de rostro de buitre y ojos inyectados de sangre, y al corpulento Caifás, ciñendo la mitra de dos puntas, y ostentando el racional dorado en el pecho.

La faz joven de Anthea, señalada ya por la muerte, y su silueta espectral llamaban la atención: todas las miradas se dirigían hacia ella, y muchos se le acercaban desvergonzadamente a pesar de rodearla los soldados. Tales

eran el menosprecio y el odio de este pueblo por el extranjero, que aquellas miradas, lejos de reflejar la conmiseración, despedían brillo feroz, viéndola condenada sin remedio.

Y Anthea comprendió claramente entonces por qué aquellos hombres exigieron la cruz para el Profeta que enseñaba el amor.

El Nazareno le pareció un ser desgraciado y querido. Como ella, debía morir. Dada la sentencia, nada era capaz de salvarle.

Para ella también, la sentencia era sin apelación. Así sintió le unía con El una fraternidad de infortunio y de muerte.

Únicamente les separaba una gran distancia.

El marchaba al suplicio con la esperanza de vivir después de la muerte; ella carecía de esta esperanza, y venía a buscarla junto a El.

De pronto el rumor lejano estalló en una tempestad de silbidos estridentes, de aullidos salvajes. Luego reinó el silencio, sólo interrumpido por el choque de las armas y el paso de los legionarios.

Abrióse la multitud en agitado remolino, y la escolta de los condenados llegó a la altura de la litera.

Al frente, a los lados y detrás marchaban los soldados con paso lento y cadencioso, sobresaliendo en el centro los travesaños de tres cruces, que parecían avanzar por sí mismas, por lo mucho que su peso encorvaba a los que las traían.

Advertíase que no se hallaba entre ellos el Nazareno.

Ante todo dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad, visiblemente obligado por los soldados a esa servidumbre, exigida en virtud de la ley.

El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura, y ceñía su cabeza ensangrentada una corona de espinas.

Gotas de sangre corrían lentamente a lo largo de sus mejillas; otras se habían cuajado debajo de la corona, como bayas de agavanzo o perlas de coral.

Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero majestuoso...

Entre los aullidos de la turba y las imprecaciones del populacho, iba abortando en su idea, como transportado más allá del universo, como si se cerniese ya sobre este mundo, desatendiendo los clamores del odio, como «Aquel que perdona» y cuyo perdón excede la medida humana; como el Sobrehumano; el Ser dispensador de misericordia... bañado de infinito y exaltado sobre la humana escoria... silencioso y dulcísimo; pero triste también, infinitamente triste, con la angustiosa tristeza de toda la tierra...

Los trémulos labios de Anthea murmuraron instintivamente:

—¡La Verdad, es El!

Pasó el cortejo muy cerca de la litera, y detúvose un instante, mientras los soldados se abrían paso a través de la muchedumbre.

SIENKIEWICZ

(Continuará)

SEÑOR...

hace tres años, tu misericordia me concedió un hijo que alegraba mi hogar y llenaba nuestros corazones de esperanzas.

Mi oración subió a Ti en aquel tiempo, prometiéndote educarle en tu Santo amor para que el tiempo hiciese de él un hombre de fe religiosa que siguiese a sus antepasados en la labor de propaganda católica. Sólo te pedía, Señor, tu gracia para cumplir aquellos propósitos míos que hacía ante la cuna de mis hijos y el tiempo necesario para conseguirlo.

Tres años pasaron de aquella fecha. Crecía el niño en hermosura y en bondad a imagen y semejanza de aquel otro niño que hace dos mil años en un lugar de Palestina comenzaba su vida entre los hombres.

Hace pocos días, Señor, visitaste mi casa y trajiste la muerte y el dolor. Te llevaste a mi hijo y dejaste en nuestros corazones herida que el tiempo no podrá curar.

Tú me lo diste. Tú me lo quitaste. No me quejo, Señor. Aunque veas lágrimas en mis ojos, te repito lo que hace tres años te decía, no quisiste concederme la gracia que entonces supliqué: «hágase tu voluntad... y no la mía».

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Otra vez la Iglesia recuerda a todos los mortales, los acontecimientos luctuosos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Unas semanas de meditación preceden a la conmemoración del sacrificio deicida. El amor realiza el milagro más grande que han contemplado los siglos: la aceptación de una muerte afrentosa por amor a la humanidad.

Todos recordamos el sacrificio de sus padres por los hijos. La historia nos ha transmitido hasta dónde puede llegar el amor humano; pero también esa misma historia nos dice que todo un Dios, autor de cielo y tierra, amó tanto a sus criaturas que quiso ofrecerse como víctima de amor para redimir a todo el género humano.

Desde aquellos días la doctrina del amor triunfó sobre las doctrinas del odio que dividían a los hombres.

Un año más se nos ha concedido de vida para que aprovechemos la oportunidad de la meditación en las semanas de Cuaresma.

La Iglesia, en esos días, nos repite por boca de sus predicadores más elocuentes, la verdad de nuestro destino y nos recuer-

da la seguridad de unos hechos que habrán de ocurrir más tarde o más temprano. Por medio de ejercicios espirituales oímos una vez más las grandes verdades de las cuales no podemos apartarnos.

Detenemos nuestra afanosa vida unos momentos para meditar en lo que deben de ser nuestras mayores preocupaciones y a las cuales debemos de sujetar nuestros actos humanos.

La vida nos trae preocupados con la solución de problemas que rebasan muchas veces las posibilidades humanas; pero la esperanza que deseamos encontrar para solucionar esas inquietudes nos la dará el consuelo que Dios no niega a las almas que con fe lo piden. Cada día es más incómoda la vida, la organización social más insostenible, las inquietudes mayores, las preocupaciones más obsesionantes, como si el transcurso del tiempo fuese un retroceso continuo hacia los primeros tiempos de la vida del hombre. Por eso se necesita más de Dios, de su consuelo, de su resignación, a fin de aceptar estas incomodidades y molestias como un merecido castigo de muchos males que, tal vez involuntariamente, hemos cometido.

Repasemos nuestra conciencia en esta Cuaresma y rectificemos algunos de nuestros aspectos de vivir. Tal vez tengamos que rectificar la conducta en nuestros negocios, pudiera ser que en nuestra casa tuviéramos necesidad de organizar muchas cosas en cristiano, vigilar las actividades de los hijos, restringir muchos gastos frívolos en beneficio del prójimo necesitado, cortar de raíz alguna amistad que está ofendiendo a Dios, al honor y a las buenas relaciones del matrimonio. Tal vez tengamos que prometer un mayor acercamiento a Dios y no vivir tan despreocupados de quien hemos recibido tantos bienes. Es muy posible que tengamos que aceptar resignadamente desgracias que Dios ha permitido caer sobre nuestros hogares. Meditemos... meditemos y hagamos una rectificación de conducta en esta Cuaresma que vendrá muy bien a nuestra alma y hasta a nuestro cuerpo que recibirá con ello una tranquilidad de la que estara muy necesitado.

Hagamos mentalmente un recorrido de las personas que el año anterior convivían con nosotros en amistad continua, acudieron, quizás, a algunos ejercicios espirituales y hoy ya pertenecen a la mansión de la muerte.

El año que viene, otros muchos habrán dejado también esta vida de que hoy disfrutaban. ¿Seremos nosotros acaso?

«Vivid prevenidos, porque la muerte es como el ladrón, que viene cuando menos se la espera.»

R.

Muchas personas carecen de recursos y no pueden leer nuestro periódico, a pesar de los repartos gratuitos que se hacen quincenalmente.

Con cinco pesetas anuales podemos enviar cada quince días RELIGION Y PATRIA a uno de estos necesitados de buena prensa que continuamente nos lo solicitan y a los que no podemos siempre complacer.

EN LA MUERTE DEL NIÑO GUILLERMO ORTEA SALAS

(20-2-1947)

Sentado a tu lado
Jesús sonreía,
miraba extasiado
tu rostro agotado
por triste agonía.
Con tiernos cariños
oí que decía
hablando de ti:
—¡Dejad que los niños
se acerquen a Mí!

Y con paso lento
se marcha y te deja,
mas quedas contento,
de tu sufrimiento
no se oye una queja.
¿Calmó tus dolores
la dulce conseja
de tu buen Amigo,
o en santos amores
te llevó consigo?

Hermenegildo RODRIGUEZ

LA LIMOSNA

Dar limosna al necesitado no es un consejo, sino precepto de estricta obediencia.

Así se lee en la Sagrada Escritura: «Inclina tu oído con alegría a la súplica del pobre, y paga tu deuda». «El que tenga dos túnicas que dé una al que no la tenga». «Dad limosna». «Dad según pudiéreis; si tenéis poco, dad poco, pero de buena gana». «Redime tus pecados con limosnas y tus crímenes con liberalidad para con los pobres...»

La Iglesia dice lo mismo: «Comparte con el hambriento tu pan y tráete a tu casa para vestirlos al pobre y al desnudo». «Deposita tu limosna en el seno del pobre y ella rogará por ti a Dios». «Así como el agua apaga el fuego, así la limosna satisfice por los pecados».

¡Qué saludables efectos y qué grandes recompensas tiene para el cristiano la limosna: el dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, redimir al cautivo, visitar al enfermo, dar sepultura a los muertos!

«Dad y se os dará, perdonad y seréis perdonados». «El limosnero entrará en el gozo eterno, recibirá ciento por uno y poseerá vida feliz y eterna». «Dad y se os dará: buena medida y apretada y remecida y colmada pondrá el Señor en vuestro seno». «Bienaventurados los misericordiosos». «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino que os tengo preparado; porque lo que hicisteis con los menesterosos, conmigo lo hicisteis». ¡Y esto es el Evangelio!

Comentando

EL TELEFONO

No deja de ser sumamente peligroso en estos tiempos el hablar del teléfono. Mas, por difícil que esto sea, lo intentaré hoy, convencido de que más difícil resulta todavía el hablar por teléfono.

Marco el número 4225 y me sale el 1154. Perdón, señora. No la llamaba a usted. Marco el mismo número otra vez y sale el 2705. Perdón, pero... ¿Cómo? ¿Que marque bien? ¡Usted dispense! Otra vez el disco vuelve a girar con el mismo número. Esta vez me toca la aproximación. Me sale el 4224. Capicúa él, muy bonito el, pero una voz destemplada, al enterarse de que equivocadamente había salido aquel número, se destempera más y suena a cacharros estrellados sobre mi cabeza.

Vale más marcar al tun tun. Así lo hago, y a la décima vez, por casualidad sale el número deseado. Había marcado el 1330. —¿Qué tal estás, hombre? —Bien, ¿y tu? —Muy bien. Oye: sabrás que... Un pitido estridente no nos deja hablar. Piii... piii... ¡Caramba! Ahora ruidos de tormenta. En este teléfono llueve y hay truenos. Pasa la tormenta y vuelve la calma. Se oye, de nuevo, la voz de mi amigo. —Por fin, chico; ¿Qué querías? —Su voz se va desvaneciendo de tal manera, que al fin se pierde. —¡Oiga! ¡Central! Clamo en vano. Bajo y subo precipitadamente mil veces la palanquita. Los ruidos espantosos de una batalla no me dejan oír. De pronto, suena un golpe como de un parche tenso que se rompiera en nuestro propio oído. ¡Pum! Despues, nada. Silencio sepulcral. ¿Habré quedado sordo? Pero no: se empieza a percibir una lejana voz, que se acerca poco a poco. Ya está aquí. Me llama.

—Aquí estoy, hombre. A ver si ahora nos entendemos. Dime: ¿qué quieres? —Pues verás; es para preguntarte por tu mujer. ¿Pero cuántos hablamos a la vez? —Gané el Barcelona cinco a cero. —Los Banestos siguen subiendo. —¿Cómo está tu mujer? —El correo trae cuarenta minutos de retraso. —Menos mal; hoy llega bastante puntual. —Han pasado tres minutos. —¡Oye, Pepe! ¿Me oyes?... —Sí; los Explosivos bajaron cinco enteros. —¿Pero y tu mujer? —Perdió el Madrid. —Los Explosivos del Madrid bajaron diez enteros de cuarenta minutos en Barcelona por causa del correo.

¡Dios mío! ¡Qué lío de los gordos se está armando! Aquí puede hablar todo el mundo menos mi amigo y yo. Los cables están cruzados y diez o doce conferencias se escuchan a la vez. No hay valiente que se entienda entre barullo tal. Rabiando de tanto desbarajuste, y desistiendo de hablar con mi amigo, cojo el micrófono, y grito por el con todas las fuerzas de mis pulmones:

—¡Abajo los bolsistas!

¡Vaya jaleo que entonces se armó! Mi juramento fué, sin duda, escuchado por todos, y movidos por el mismo resorte, unieron sus esfuerzos, y en un grito espantoso que hizo explotar mi teléfono, me dijeron:

—!!!Traidor!!!...

HERO.

"ROCALLA"

Materiales de la construcción
Planchas, tubos, depósitos, etc.

Rivero Morán

Covadonga, 27 GIJON Telé. 1817

Materiales de Saneamiento
y Construcción

Cuartos de baño, Cocinas, etc.

PROXIMA APERTURA

Alvarez Garaya, 25

Teléfono 1817

GIJON

Orbués



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115

GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

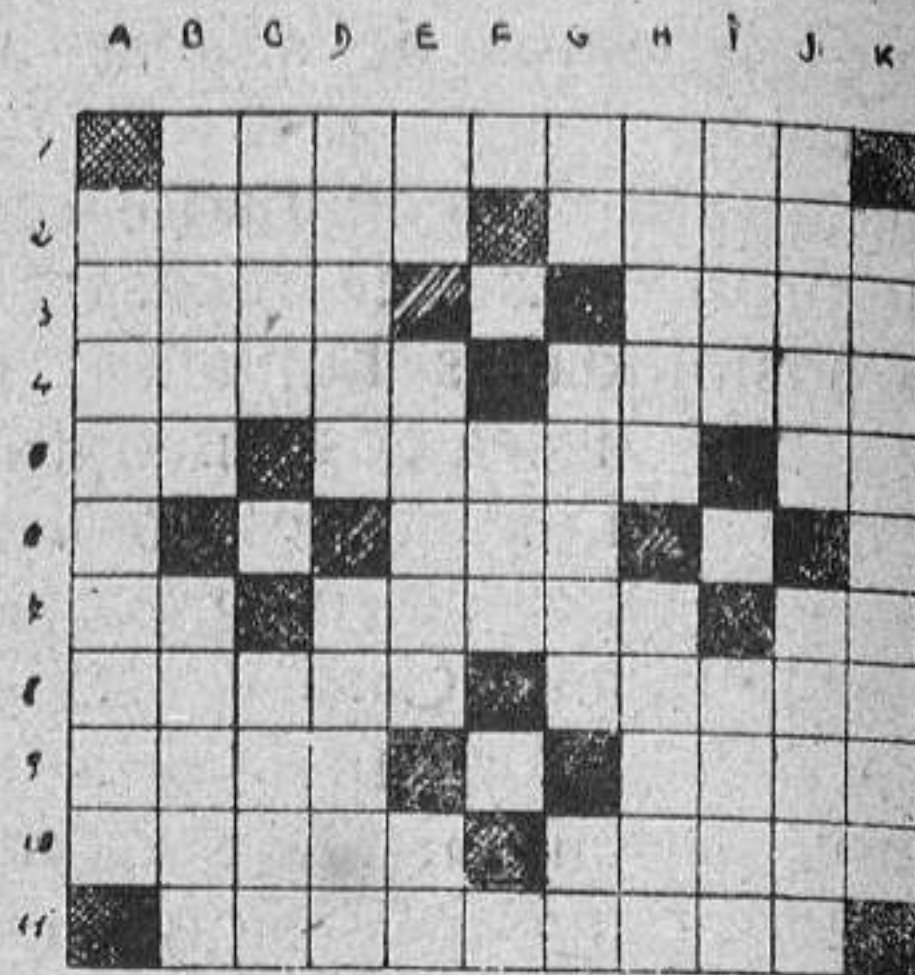
RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Telefon. 1817 - GIJON

Solución al Jeroglífico núm. 33, por Morán:

"Sí, comprendí lo que me decías"

Crucigrama núm. 34, por Morán:



HORIZONTALES.—1. Edifican. 2. Vela. Trabajéis tierra.—3. Están enamorados. Con N final villa de Málaga.—4. Batracios. Persigue.—5. Al revés, tratamiento real. Rebote. Al revés, descubre.—6. Vocal. Océano. Vocal.—7. Artículo. Controlas. Al rev., nota.—8. Troya. Al rev., adineradas.—9. Maderas resinosas. Exótica.—10. Al revés, colocaba. Enlacéis.—11. Salvara un obstáculo.

VERTICALES.—A. Religioso del Carmen.—B. Cumbres. Aspiráis.—C. Población importante de Argelia. Fonéticamente, cacofonía.—D. Forma diminutiva de sano, al revés. Tienes catarro.—E. Preposición. Totalizan. Cifras romanas.—F. Consonante. Nivel. Vocal.—G. Deidad egipcia. Adverbio. Interjección.—H. Relativo a la orina. Engarza.—I. Isla japonesa. Precipitarse.—J. Al rev., verano. Se entera.—K. Apellido ilustre español, plural.

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Meros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)